

## La dependienta

Fue en una tienda de Montero Ríos, de manera fortuita, con la casualidad asomando en cada instante. Hacía bastante tiempo que deseaba tener una chaqueta de pata de gallo, pero la búsqueda del modelo ideal había sido infructuosa. No es que sea exigente en extremo, ni demasiado caprichoso, ni cosa parecida; lo cierto es que soy impulsivo, de esos que compran a primera vista, en cuanto veo el objeto digo: “ése es el que quiero”.

Con estos antecedentes no es raro que, el día en cuestión, pasando por la calle antes mencionada, advertí por el rabillo del ojo algo que, desde el escaparate de una tienda de hombre bastante conocida, me llamó la atención. Detuve mi marcha al instante y me encaré con la cristalera. Allí estaba, sobre un maniquí insulso y estirado, con el corte deseado y el dibujo exacto. “Esa es mi chaqueta”, me dije.

Sin más, entré en la tienda, espaciosa, con una mesa a la izquierda detrás de la cual se hallaba una mujer joven y agraciada. En ese instante un joven, al que todavía hoy identifico como el dependiente masculino, fornido y con pantalón de traje, pero en mangas de camisa, se dirigía desde la zona de la mesa, con las manos a la altura sospechosa de su pubis, hacia una de las tres puertas que supuse probadores. Allí se introdujo y cerró la puerta tras de sí. La dependienta, detrás de la mesa de madera, se hacía la manicura con aire indolente. Tuve la seria duda sobre si debía interrumpir tan noble acción, sobre todo al percatarme de que no la interrumpía *motu proprio*.

Con una ligera carraspera hice notar mi presencia y, aún a riesgo de no haber sido oído, le expresé el deseo de ver la chaqueta de pata de gallo del escaparate. Por unos instantes padecí la desagradable sensación de estar en uno de esos sueños en los que nadie te hace caso, en los que no cuentas para nadie y parece que nadie percibe tu existencia. Dirigí una mirada fugaz a la puerta del probador en donde se había introducido, no sé si refugiado, el

dependiente, con ánimo de que apareciese con tono amable y salvador. La puerta permaneció cerrada y la dependienta, con tono más indolente que la pose, me contestó que la del escaparate era la única que quedaba de pata de gallo, como indicándome que me lo pensara antes de hacerla trabajar un poco. La impertinencia quedó sin respuesta, y la dependienta se levantó dejando la lima sobre la bruñida superficie de la mesa.

No soy hombre fácil de sorprender. No es que tenga mucho mundo, pero he visto unas cuantas cosas raras, de esas que asombran a la mayoría. Cuando vi que la dependienta salía de la parte posterior de la mesa en bragas, hice lo único que se puede hacer en semejantes circunstancias: ver, oír y callar. Y sobre todo intentar disimular, más bien torpemente, la enorme sorpresa que en ese momento me invadía. Por su parte, la dependienta paseaba su palmito, bien torneado por cierto, con todo el desparpajo que unas bragas con brillo sedoso, bordeadas de algo que semejaban unas puntillas, pueden proporcionar. El desparpajo me pareció enorme.

Con un movimiento sacó la chaqueta del escaparate y, seca pero cortés, me ayudó a ponerla. Deslizó sus manos por mis hombros y acompañó, con ellas, la caída de la chaqueta por la espalda, a la vez que me indicaba un espejo para poder contemplarme. En el espejo vi reflejada mi imagen, con la chaqueta que tanto tiempo había imaginado, y por detrás de mi hombro derecho, también aparecía la figura, esbelta y hermosa, de la dependienta en bragas que jamás me hubiera atrevido a concebir.

Tenía que decir algo. Allí, delante del espejo, volvió a asaltarme el deseo de la oportuna salida del dependiente de su innoble refugio. Acomodé la chaqueta de nuevo sobre mi cuerpo y pronuncié un exiguo “me la quedo”, que sonó bastante débil e incompleto. Miré, una vez más, a la dependienta a través del espejo y añadí rotundo: “¿qué le debo?”.

La dependienta no mostró durante el empaquetado de la prenda, el menor rubor ni la mayor preocupación, al preguntarle, en bragas, a un cliente si quería pagar al contado o con tarjeta. Al tiempo que ella empaquetaba, yo había comenzado a pensar que era probable que existiese una puerta falsa en el probador por el cual se había escabullido el dependiente. La dependienta me tendió la bolsa con la chaqueta y me dio el cambio con un “gracias” bastante seco, que ni siquiera fue acompañado de una sonrisa, ni del mínimo gesto

amable como el de acompañarme hasta la puerta del local.

Nunca supe por qué se había escabullido el dependiente de aquella manera, ni mucho menos por qué la dependienta se encontraba en bragas. Acaso con mi entrada en la tienda interrumpí un suceso tan inesperado para mí como esencial para ellos, si es que de verdad estaba sucediendo algo entre ambos. Ignoro, también, qué hizo el dependiente encerrado en sitio tan estrecho durante mi estancia en la tienda. Con el discurrir de los años, estos enigmas no solo no se resolvieron, sino que quedaron, para mí, en el más profundo de los misterios, tan impenetrables como el mismo hecho de no haber podido acordarme nunca del color de las bragas.